
Yves Lacoste

**LA GEOGRAFIA:
UN ARMA PARA LA GUERRA**

9

Elementos Críticos

EDITORIAL ANAGRAMA



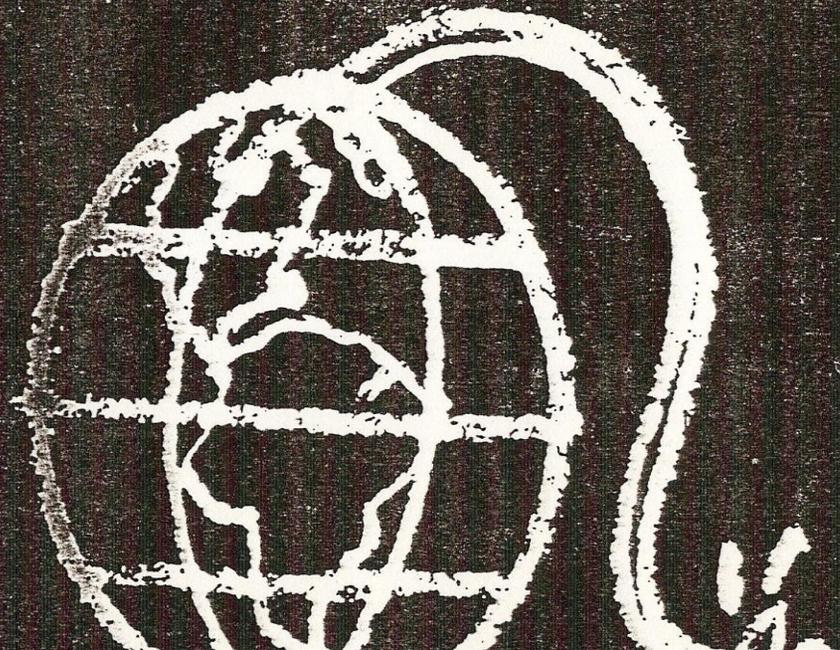
La geografía está considerada habitualmente como una disciplina escolar y universitaria, cuya función consiste en ofrecer los elementos de una descripción del mundo, en una determinada concepción «desinteresada» de la cultura llamada general. Una disciplina molesta, pero fácil, basada en la mera descripción y en la acumulación de datos. Sin embargo, la geografía empieza a conocer un cierto malestar, que Yves Lacoste pone magistralmente de relieve en este libro, cuyo enfoque es radicalmente distinto al de los textos habituales sobre esta materia.

Analiza como a partir de la geografía de los profesores existe, cada vez en mayor proporción, una geografía de los militares, así como de los estados mayores de las multinacionales que deciden la localización de sus inversiones en el plano regional, nacional e internacional.

Lacoste pone en primer lugar la relación entre la geografía y la política, y afirma que «la geografía sirve, en primer lugar, para guerrear y ejercer el poder», en tanto que saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares, que exigen la recopilación de información necesaria a los defensores de los aparatos de Estado.

En nuestros días, la proliferación de discursos acerca de la ordenación del territorio en términos de armonía, de búsqueda de mejores equilibrios, sirve para ocultar las medidas que permiten a las empresas capitalistas aumentar sus beneficios, así como para organizar el espacio económico, social y político de manera que el aparato de Estado esté capacitado para sofocar los movimientos populares.

Hoy importa más que nunca estar atento a esta función política y militar de la geografía, la propia desde el principio. En nuestros días, adquiere una amplitud y unas formas nuevas, a causa no únicamente del desarrollo de los medios tecnológicos de destrucción y de información, sino también de los progresos del conocimiento científico.



Yves Lacoste

La geografía:
un arma para la guerra



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre
© Librairie François Maspero
París, 1976

Traducción:

Joaquín Jordá

Portada:

Julio Vivas

Esta edición, realizada en México por Representaciones Editoriales, S. A., se publica con la autorización de: Editorial Anagrama de Barcelona España
© Editorial Anagrama, S.A.
Representaciones Editoriales, S.A.
Derechos reservados conforme a la ley.
Impreso y hecho en México.

© EDITORIAL ANAGRAMA, 1977
Calle de la Cruz, 44
Barcelona-34

ISBN 84-339-1409-X
Depósito Legal: B. 46750-1977

LA GEOGRAFÍA: UN ARMA PARA LA GUERRA

Todos creen que la geografía no es más que una disciplina escolar y universitaria cuya función consiste en ofrecer los elementos de una descripción del mundo, en una determinada concepción «desinteresada» de la cultura llamada general... ¿Cuál puede ser, en caso contrario, la utilidad de esas migajas heteróclitas de las lecciones que hemos tenido que aprender en el instituto? Las regiones de la cuenca parisina, los macizos de los Alpes del Norte, la altitud del Mont Blanc, la densidad de población de Bélgica y de Holanda, los deltas del Asia de los monzones, el clima bretón, longitud-latitud y usos horarios, los nombres de las principales cuencas hulleras de la URSS y los de los grandes lagos americanos, la industria textil del Norte (Lille-Roubaix-Tourcoing), etc. Y los abuelos recuerdan que en sus tiempos era preciso saber los departamentos, con sus prefecturas y sub-prefecturas... ¿Para qué sirve todo eso?

Una disciplina molesta pero en último término fácil, pues como todos saben «en geografía no hay nada que entender, basta con la memoria»... En cualquier caso, desde hace unos años los alumnos no quieren ni oír hablar de esas lecciones que enumeran, en cada país o en cada región, relieve-clima-ríos-vegetación-población-agricultura-ciudades-industrias. En los institutos hay tal animadversión hacia la geografía que, sucesivamente, dos mi-

nistros de Educación (¡y entre ellos un geógrafo!) han llegado a proponer la supresión de esta antigua disciplina «libresca y actualmente superada» (igual que si se tratara de una especie de latín). Es posible que antes sirviera de algo, pero ahora ¿acaso la televisión, las revistas ilustradas y los diarios no presentan mejor todos los países al compás de la actualidad, y el cine no muestra mucho mejor los paisajes?

En la Universidad, donde se desconocen, sin embargo, las «dificultades pedagógicas» de los profesores de historia y geografía de enseñanza media, los catedráticos más sagaces comprueban que la geografía conoce «un cierto malestar»; uno de los decanos de la corporación manifiesta, no sin solemnidad, que «ha entrado en la época de los estallidos»¹. En cuanto a los jóvenes mandarines que se lanzan a la epistemología, acaban por llegar a preguntarse si la geografía es una ciencia, si esta acumulación de elementos de conocimiento tan «sacados» de la geología como de la sociología, de la historia como de la demografía, de la meteorología como de la economía política o de la psicología, puede aspirar a constituir una ciencia auténtica, autónoma, con razón de ser...

Pero, qué caramba, dirán todos aquellos que no son geógrafos, ¿no hay problemas más urgentes que discutir los males de la geografía?, o, en términos más expeditivos, «la geografía me la trae floja...» ya que no sirve para nada.

Pese a unas apariencias cuidadosamente mantenidas, los problemas de la geografía no conciernen únicamente, ni mucho menos, a los geógrafos, sino, a fin de cuentas, a todos los ciudadanos. Pues el discurso pedagógico constituido por la geografía de los profesores, tanto más fastidioso cuanto que, en la medida en que los medios de información despliegan su espectáculo del mundo, disimula, a los ojos de todos, el temible instrumento de fuerza que es la geografía para los que ostentan el poder.

1. ANDRÉ MEYNIER, *Histoire de la pensée géographique en France*, P.U.F., 1969.

La geografía sirve, de entrada, para hacer la guerra. Ante toda ciencia, ante todo saber es obligatorio plantearse una cuestión epistemológica previa; el proceso científico va unido a una historia y debe ser visto por una parte en sus relaciones con las ideologías y por otra como práctica o como poder. Plantear de entrada que la geografía sirve, en primer lugar, para hacer la guerra no supone que sólo sirva para dirigir unas operaciones militares; sirve también para organizar los territorios no sólo en previsión de las batallas que habrá que librar contra tal o cual adversario, sino también para controlar mejor a los hombres sobre los cuales ejerce su autoridad el aparato del Estado. La geografía es, en primer lugar, un saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares, y son dichas prácticas las que exigen la recopilación articulada de unas informaciones extremadamente variadas y a primera vista heterogéneas, cuya razón de ser y cuya importancia no es posible entender si nos limitamos a la legitimidad de la división del Saber para el Saber. Son esas prácticas estratégicas las que hacen que la geografía resulte necesaria, en primer término, a quienes son los amos de los aparatos de Estado. ¿Se trata realmente de una ciencia? En el fondo, la cuestión carece de importancia: no es esencial desde el momento en que tomamos conciencia de que la articulación de conocimientos referentes al espacio, es decir, la geografía, es un saber estratégico, un poder.

La geografía, en tanto que descripción metódica de los espacios, tanto bajo los aspectos que se ha convenido en denominar «físicos» como bajo sus características económicas, sociales, demográficas y políticas (por referirnos a una cierta división del saber), debe situarse absolutamente, en tanto que práctica y en tanto que poder, en el marco de las funciones que ejerce el aparato de Estado para el control y la organización de los hombres que pueblan su territorio y para la guerra.

Mucho más que una serie de estadísticas o que un conjunto de textos, el mapa es la forma de representación geográfica por excelencia; sobre el mapa deben ser llevadas todas las informa-

ciones necesarias para la elaboración de las tácticas y de las estrategias. La formalización del espacio significada por el mapa no es gratuita ni desinteresada: medio de dominación indispensable, de dominación del espacio, el mapa fue elaborado en primer lugar por militares y para militares. La producción de un mapa, es decir, la conversión de una concreción mal conocida en una representación abstracta, eficaz y digna de confianza, es una operación ardua, larga y costosa que sólo puede ser realizada por y para el aparato de Estado. El trazado de un mapa implica un cierto dominio político y científico del espacio representado, y es un instrumento de poder sobre dicho espacio y sobre las personas que viven en él. No es extraño que todavía hoy un gran número de mapas, y sobre todo los mapas a gran escala, muy detallados, que frecuentemente se denominan «mapas de estado mayor», caigan bajo el secreto militar en un gran número de países (especialmente en los Estados socialistas).

Si la geografía sirve, en primer lugar, para hacer la guerra y ejercer el poder, no sirve sólo para eso; aunque no lo parezca, sus funciones ideológicas y políticas son considerables: en el contexto de expansión del pangermanismo (los imperialismos francés e inglés se desarrollaron fundamentalmente en unos ambientes intelectuales diferentes) fue donde Friedrich Ratzel (1844-1904) realizó la obra que todavía hoy sigue influyendo considerablemente en la geografía humana; su *Anthropogeographie* va estrechamente unida a su *Politische Geographie*. Recogiendo buen número de conceptos ratzelianos, como el de *Lebensraum* (espacio vital), y los de los geógrafos norteamericanos y británicos (H. J. Mackinder y A. T. Mahan), recién acabada la Primera Guerra mundial, el general Karl Haushofer (1869-1946) confiere un decisivo impulso a la geopolítica. Es cierto que buen número de geógrafos considerarán un absurdo total que se establezca una relación entre su geografía «científica» y la empresa del general nazi (poseía el carnet n.º 3 del Partido nacional-socialista). La geopolítica hitleriana es la expresión más exacerbada de la función política e ideológica que puede tener la geografía. Cabría incluso preguntarse si la doctrina del Führer

no estuvo inspirada en gran parte por los razonamientos de Haushofer, tan estrechas fueron sus relaciones, en especial a partir de 1923-24, en la época en que Adolf Hitler escribía *Mein Kampf* en la cárcel de Munich.

A partir de 1945 resulta de mal tono referirse a la geopolítica. Sin embargo, aunque de manera más discreta, los estrategias de las grandes potencias prosiguen el tipo de investigaciones emprendidas por los institutos de geopolítica de Munich y de Heidelberg. Esta es especialmente la tarea de los servicios que trabajan a partir de las orientaciones de «dear Henry» Kissinger (hizo sus primeras armas como historiador; pero su tesis se refiere a una discusión geopolítica por excelencia: el Congreso de Viena). Hoy, más que nunca, son unos argumentos de tipo geográfico los que impregnan lo esencial del discurso político, refiérase a los problemas «regionalistas» o, a nivel planetario, a los del «centro» y de la «periferia», del «Norte» y del «Sur».

Pero la geografía no sirve únicamente para apuntalar, con la nebulosidad de sus conceptos, cualquier tesis política. En realidad, la función ideológica esencial del discurso de la geografía escolar y universitaria ha sido sobre todo la de *enmascarar*, mediante unos procedimientos que no son evidentes, la utilidad práctica del análisis del espacio, tanto fundamentalmente para la dirección de la guerra como para la organización del Estado y la práctica del poder. En el momento en que, sobre todo, evidencia su «inutilidad», el discurso geográfico ejerce su función «embaucadora más eficaz, pues la crítica de sus afirmaciones «neutras» e «inocentes» parece superflua. La proeza ha consistido en hacer pasar un saber estratégico militar y político por un discurso pedagógico o científico totalmente inofensivo. Como veremos, las consecuencias de este engaño son graves. Por dicho motivo es especialmente importante afirmar que la geografía sirve, en primer lugar, para hacer la guerra, o sea, desenmascarar una de sus funciones estratégicas esenciales y desmontar los subterfugios que la hacen pasar por inofensiva e inútil. El general Pinochet también es un geógrafo.

Afirmar que la geografía sirve en primer lugar para la guerra y el ejercicio del poder, no significa recordar los orígenes históricos del saber geográfico. En primer lugar debe ser entendido en este caso no en el sentido de «para comenzar, antiguamente» sino en el de «principalmente, ahora». Como máximo, los geógrafos universitarios no pasan de insinuar el papel de una especie de «geografía primitiva» (Alain Reynaud) en la época en que el saber establecido por el geógrafo del rey no estaba destinado a los jóvenes alumnos o a sus futuros profesores, sino a los jefes militares y a los dirigentes del Estado. Pero los universitarios de hoy consideran unánimemente, sean cuales fueren sus tendencias ideológicas, que la Auténtica Geografía, la Geografía Científica (el Saber por el Saber), la única de la que resulta digno hablar, no aparece hasta el siglo XIX, con los trabajos de Alexander von Humboldt (1769-1859) y con los de sus sucesores en la famosa Universidad de Berlín fundada por su hermano, estadista prusiano de primera fila.

En realidad, pese a lo que digan los universitarios, la geografía es mucho más antigua: ¿acaso los «grandes descubrimientos» no son geografía? ¿O las descripciones de los geógrafos árabes de la Edad Media? La geografía existe desde que existen unos aparatos de Estado, desde que Heródoto (por citar un ejemplo del mundo «occidental»), en el año 446 a. C., ya no cuenta una Historia (o unas historias) sino que procede a una auténtica «investigación» (éste es el título exacto de su obra) en función de los objetivos del «imperialismo» ateniense.

En efecto, hasta el siglo XIX no apareció el discurso geográfico escolar y universitario, destinado esencialmente (al menos desde un punto de vista estadístico) a los jóvenes alumnos. Discurso jerarquizado en función de los grados de la institución escolar, con su sabia culminación, la geografía en tanto que ciencia «desinteresada». En efecto, sólo en el siglo XIX aparece la *geografía de los profesores*, que ha sido presentada como la única geografía de la que conviene hablar.

No obstante, a partir de esta época, *la geografía de los militares*, por muy discreta que se haya hecho, no ha dejado de

existir, con un personal especializado cuyo número no es despreciable, con unos medios considerables, con sus razonamientos y sus métodos, y sigue siendo, al igual que siglos atrás, un temible instrumento de poder. Este conjunto de representaciones cartográficas y de conocimientos muy variados tratados en su relación con el espacio terrestre y con las diferentes prácticas del poder constituye un saber claramente percibido como estratégico por una minoría dirigente; lo utiliza como instrumento de poder. A la geografía de los militares que deciden a partir de los mapas su táctica y su estrategia, a la geografía de los dirigentes del aparato de Estado que estructuran su espacio en provincias, departamentos, distritos, a la geografía de los exploradores (con frecuencia militares) que han preparado la conquista colonial y la «valorización», se ha sumado la geografía de los estados mayores de las grandes firmas y de los grandes bancos que deciden la localización de sus inversiones en el plano regional, nacional e internacional. Estos diferentes análisis geográficos, estrechamente unidos a unas prácticas militares, políticas y financieras, constituyen lo que se puede denominar la «geografía de los estados mayores», desde los de los ejércitos a los de los grandes aparatos capitalistas.

Pero esta geografía de los estados mayores es casi totalmente ignorada por todos aquellos que no la practican como instrumento de poder.

Hoy más que nunca, la geografía sirve en primer lugar para hacer la guerra. La mayoría de los geógrafos universitarios imaginan que, a partir de la confección de unos mapas relativamente precisos para todos los países, para todas las regiones, los militares ya no necesitan recurrir a la ciencia geográfica, a los conocimientos dispares que reúne (relieve, clima, vegetación, ríos, distribución de la población, etc.). Nada más falso. En primer lugar, porque las «cosas» se transforman con rapidez: si bien la topografía evoluciona con mucha lentitud, la localización de las instalaciones industriales, el trazado de las vías de circulación, las formas de hábitat se modifican a un ritmo mu-

cho más rápido, y hay que tener en cuenta estos cambios para establecer las tácticas y las estrategias.

Por otra parte, la puesta en práctica de nuevos métodos bélicos implica un análisis muy preciso de las combinaciones geográficas, de las relaciones entre los hombres y las «condiciones naturales» que se pretende precisamente destruir o modificar para hacer inhabitable una región o para iniciar un genocidio. La guerra del Vietnam ofrece numerosas pruebas de que la geografía sirve para hacer la guerra de la manera más total y generalizada. Uno de los ejemplos más conocidos y más dramáticos ha sido la aplicación, en 1965, 1966, 1967 y sobre todo en 1972, de un sistemático plan de destrucción de la red de diques que protegen las llanuras extremadamente pobladas del Vietnam del Norte: atravesadas por ríos tumultuosos, de terribles crecidas, que corren, no por los valles, sino, al contrario, por terrenos altos, por los terraplenes formados por sus aluviones. Estos diques, cuya importancia es, de hecho, absolutamente vital, no podían ser objeto de bombardeos masivos, directos y evidentes, pues la opinión pública internacional lo habría interpretado como la prueba de la perpetración de un genocidio. Era preciso, pues, atacar esa red de diques, de manera precisa y discreta, en determinados lugares esenciales para la protección de los quince millones de hombres que viven en esas pequeñas llanuras rodeadas de montañas. Era preciso que los diques se rompieran en los lugares donde la inundación tendría las más desastrosas consecuencias².

La elección de los lugares que había que bombardear procede de un razonamiento geográfico que implica varios niveles de análisis espacial.

En agosto de 1972, utilizando un conjunto de razonamientos y de análisis que son específicamente geográficos, conseguí demostrar, sin la menor contradicción, la estrategia y la táctica que el estado mayor americano practicaba contra los diques. Si

2. Ver en la revista *Hérodote*, núm. 1, Maspero, 1976: «Enquête sur le bombardement des digues du fleuve Rouge (Vietnam, été, 1972)».

una investigación geográfica ha permitido desenmascarar al Pentágono, es porque su estrategia y su táctica se basaban esencialmente en un análisis geográfico. No tuve más que reconstituir, a partir de informaciones principalmente geográficas, el razonamiento elaborado para el Pentágono por otros geógrafos («civiles» o de uniforme, da igual).

El plan de bombardeo de los diques del delta del río Rojo no debe ser considerado como una empresa excepcional que aprovechara unas condiciones geográficas muy especiales, sino, muy al contrario, como una operación que parte de una estrategia de conjunto: la «guerra geográfica» puesta en práctica masivamente en Indochina y sobre todo en el Vietnam del Sur durante más de diez años ha sido llevada con una combinación de medios poderosos y variados. Esta estrategia ha sido frecuentemente denominada «guerra ecológica» (ya sabemos que la ecología es una palabra de moda). Pero, en realidad, hay que referirse a la geografía, pues no se trata únicamente de destruir o alterar las relaciones ecológicas, se trata de modificar en amplísima medida la situación en que viven millares de hombres.

En efecto, no se trata únicamente de destruir la vegetación para obtener unos resultados políticos y militares, de transformar la disposición física de los suelos, de provocar voluntariamente nuevos procesos de erosión, de alterar determinadas redes hidrográficas para modificar la profundidad del nivel de base (para secar los pozos y los arrozales), de destruir los diques: se ha intentado modificar radicalmente la distribución espacial de la población practicando por diversos medios una política de reagrupación en las «aldeas estratégicas» y de urbanización forzada. Estas acciones destructivas no son únicamente la consecuencia involuntaria de la magnitud de los medios de destrucción utilizados actualmente sobre un cierto número de objetivos por la guerra tecnológica e industrial. Son también el resultado de una estrategia deliberada y minuciosa cuyos diferentes elementos se han coordinado científicamente en el tiempo y en el espacio.

La guerra de Indochina señala una nueva etapa en la historia de la guerra y de la geografía: por primera vez han sido utilizados unos métodos de destrucción y de modificación del medio geográfico, tanto en sus aspectos «físicos» como «humanos», para suprimir las condiciones geográficas indispensables para la vida de varias decenas de millones de hombres.

La guerra geográfica, con unos métodos diferentes según las regiones, puede ser aplicada en todos los países.

Afirmar que la geografía sirve fundamentalmente para hacer la guerra no significa sólo que se trata de un saber indispensable para quienes dirigen las operaciones militares. No se trata sólo de desplazar las tropas y sus armamentos una vez iniciada la guerra; se trata asimismo de prepararla, tanto en las fronteras como en el interior, de elegir el emplazamiento de las plazas fuertes, de construir varias líneas de defensa y de organizar las vías de circulación. «El territorio con su espacio y su población no es únicamente la fuente de toda fuerza militar, sino que también forma parte integrante de los factores que actúan sobre la guerra, aunque sólo sea porque constituye el teatro de las operaciones...», escribió Carl von Clausewitz (1780-1831), de quien Lenin pudo decir que era «uno de los escritores militares más profundos... un escritor cuyas ideas fundamentales se han convertido actualmente en el haber de todo pensador». El libro de Clausewitz, *De la guerra*, puede y debe ser leído como un auténtico libro de «geografía activa».

Vauban (1633-1707) no es únicamente uno de los más famosos constructores de fortificaciones, es también uno de los mejores geógrafos de su época, uno de los que mejor conoce el reino, en especial al nivel de las estadísticas y de los mapas; su proyecto de «diezmo real» traduce una concepción global del Estado como algo a reorganizar. Vauban aparece como uno de los primeros teóricos y prácticos franceses de lo que hoy se denomina la ordenación del territorio. Prepararse para la guerra, tanto para la lucha contra otros aparatos de Estado como para la lucha interior contra aquellos que discuten el poder o

quieren apoderarse de él, es organizar el espacio de manera que permita actuar con la mayor eficacia.

En nuestros días la proliferación de discursos que versan sobre la ordenación del territorio, en términos de armonía, de búsqueda de mejores equilibrios, sirve sobre todo para ocultar las medidas que permiten a las empresas capitalistas, especialmente a las más fuertes, aumentar sus beneficios. Hay que darse cuenta de que la ordenación del territorio no tiene como objetivo único la obtención del máximo beneficio, sino también el de organizar estratégicamente el espacio económico, social y político de manera que el aparato de Estado esté capacitado para sofocar los movimientos populares. Si eso resulta escasamente visible en los países más antiguamente industrializados, los planes de organización del espacio están manifiestamente muy influidos por las preocupaciones policíacas y militares en los Estados, como el Irán, cuya industrialización es un fenómeno reciente y rápido.

Hoy importa más que nunca estar atento a esta función política y militar de la geografía, la propia desde el principio. En nuestros días, adquiere una amplitud y unas formas nuevas, debido no únicamente al desarrollo de los medios tecnológicos de destrucción y de información, sino también a los progresos del conocimiento científico.

DE LA CORTINA DE HUMO DE
LA GEOGRAFIA DE LOS PROFESORES
A LAS PANTALLAS DE LA GEOGRAFIA-ESPECTACULO

Desde finales del siglo XIX puede considerarse que existen dos geografías:

La primera, de origen antiguo, la geografía de los estados mayores es un conjunto de representaciones cartográficas y de conocimientos variados referidos al espacio; este saber sincrético es claramente percibido como estratégico por las minorías dirigentes que lo utilizan como instrumento de poder.

La otra geografía, la de los profesores, aparecida hace menos de un siglo, se ha convertido en un discurso *ideológico* que cuenta entre sus funciones *inconscientes* la de ocultar la importancia estratégica de los razonamientos que afectan al espacio. No sólo esta geografía de los profesores está alejada de las prácticas políticas y militares, así como de las decisiones económicas (pues los profesores no participan en absoluto en ellas), sino que disimula a los ojos de la mayoría la eficacia del instrumento de poder constituido por los análisis espaciales. Gracias a ello, la minoría en el poder, muy consciente de su importancia, es la única que los utiliza, en función de sus intereses, y este monopolio del saber es tanto más eficaz en la medida en que la mayoría no presta la menor atención a una disciplina que considera tan totalmente «inútil».

A partir de finales del siglo XIX, primero en Alemania, y

después fundamentalmente en Francia, la geografía de los profesores se ha desplegado como discurso pedagógico de tipo enciclopédico, como discurso científico, enumeración de elementos de conocimiento más o menos unidos entre sí por diferentes tipos de razonamientos dotados todos ellos de un punto común: ocultar su utilidad práctica en la dirección de la guerra o en la organización del Estado.

Entre, por una parte, las lecciones de los manuales escolares, el resumen que dicta el profesor, el curso de geografía en la Universidad (que sirve para formar futuros profesores) y, por otra, las diversas producciones científicas o el amplio discurso constituido por las «grandes» tesis de geografía, es evidente que existen diferencias: las primeras se sitúan al nivel de la *reproducción* de elementos de conocimiento más o menos numerosos, mientras que las segundas corresponden a una *producción de ideas científicas* y de informaciones nuevas, aunque sus autores no imaginen qué utilización podrá darse a la mayoría de ellas. Consideran fundamentalmente sus trabajos como un saber por el saber, y nadie piensa en preguntarse, en una tesis de geografía, para qué, para quién pueden servir (para los que están en el poder) todos esos conocimientos acumulados. Pero dichas tesis y dichas producciones científicas sólo son leídas por una ínfima minoría y su papel social es mucho menor que el de los cursos, de las clases y de los resúmenes. Por consiguiente, no debemos juzgar la función ideológica de la geografía de los profesores tomando únicamente en consideración sus producciones más brillantes o más elaboradas. Socialmente, pese a su carácter elemental, caricaturesco o ridículo, las lecciones aprendidas en el libro de geografía, los resúmenes dictados por el catedrático, todas esas reproducciones caricaturescas y mutiladoras tienen una influencia considerablemente mayor, pues contribuyen a influir duraderamente, desde su juventud, en millones de individuos. En la medida en que esta forma socialmente dominante de la geografía escolar y universitaria enuncia una nomenclatura e inculca unos elementos de conocimiento enumerados sin vinculación entre sí (relieve — el clima — ve-

getación — población...), tiene como resultado no sólo el ocultamiento de la importancia política de todo lo relacionado con el espacio sino también la imposición implícita de la idea de que en la geografía no hay nada que entender, que únicamente precisa memoria...

De todas las disciplinas enseñadas en la escuela, en el instituto, la geografía es la única que aparece como un saber sin aplicación práctica, al margen del sistema de enseñanza. No ocurre lo mismo con la historia, en la que como mínimo se perciben las vinculaciones con la argumentación de la polémica política. La proclamación del carácter exclusivamente escolar y universitario de la geografía, que tiene como corolario la sensación de su inutilidad, es una de las falacias más hábiles y graves que han funcionado con mayor eficacia, pese a su carácter recientísimo, puesto que, como ya hemos dicho, la ocultación de la geografía en tanto que saber político y militar no comienza hasta los finales del siglo XIX. Es sorprendente verificar hasta qué punto se descuida la geografía en unos medios que, no obstante, están preocupados por descubrir todos los engaños y denunciar todas las alienaciones. Los filósofos, que tanto han escrito para juzgar la validez de las ciencias y que hoy exploran la arqueología del saber, mantienen respecto a la geografía un silencio total, cuando esta disciplina habría debido atraer su crítica más que cualquier otra. ¿Indiferencia o complicidad inconsciente?

En cierto modo, la geografía de los profesores funciona como una pantalla de humo que permite disimular a los ojos de todos la eficacia de las estrategias políticas y militares así como de las estrategias económicas y sociales que otra geografía permite que algunos pongan en práctica. La diferencia fundamental entre la geografía de los estados mayores y la de los profesores no reside en la gama de elementos de conocimiento que utilizan. La primera, tanto hoy como antes, recurre a los resultados de las investigaciones científicas emprendidas por los universitarios, tanto si se trata de investigación desinteresada como de la geografía llamada «aplicada». Los militares enume-

ran los mismos tipos de apartados que se enuncian en las clases: relieve-clima-vegetación-ríos-población..., pero con la diferencia fundamental de que saben perfectamente para qué pueden servir esos elementos de conocimiento, mientras que los alumnos y sus profesores no tienen la menor idea.

Conviene analizar los procedimientos que provocan esta ocultación. No es el resultado de un proyecto consciente y voluntario de los profesores de geografía: en efecto, sus tendencias ideológicas están lejos de ser idénticas. Si bien participan en el engaño, ellos también están engañados. Sin embargo, antes de intentar esclarecer este punto, conviene subrayar que la geografía de los profesores no es el único biombo ideológico que permite disimular que el saber relacionado con el espacio es un temible instrumento del poder. En numerosos países, como los Estados Unidos o Inglaterra, la geografía no aparece en los programas de la enseñanza primaria y secundaria, y no por ello las masas son más conscientes de la importancia estratégica de los análisis espaciales. Ello se debe a que existe también otro biombo ideológico. En efecto, los mapas, los manuales y las tesis de geografía están lejos de constituir las únicas formas de representación del espacio; la geografía se ha convertido también en espectáculo: la representación de los paisajes es actualmente una inagotable fuente de inspiración, y ya no únicamente para los pintores, sino también para un gran número de personas. Invade las películas, las revistas ilustradas, los carteles, trátense de investigaciones estéticas o de publicidad. Nunca se han comprado tantas tarjetas postales, ni «tomado» tantas fotografías de paisajes como durante las vacaciones en que se «hace», guía en mano, la Bretaña, España o... el Afganistán. La ideología del turismo convierte la geografía en una de las formas del fenómeno de consumo de masas: multitudes cada vez más numerosas se sienten apoderadas de una auténtica hambre canina de paisajes, fuente de emociones estéticas más o menos codificadas. El mapa, representación formalizada del espacio que sólo unos pocos saben leer y utilizar como instrumento de poder, ha quedado ampliamente eclipsado en la men-

te de todos por la fotografía paisajista. Esta, según los «puntos de vista» y según las distancias focales de las lentes de los objetivos, escamotea las superficies y las distancias del mapa para privilegiar las siluetas topográficas verticales que se recortan, como en un diorama, sobre el fondo del cielo. Es todo un condicionamiento cultural, toda una impregnación que nos incita a todos en la medida en que somos propensos a considerar bellos unos paisajes a los que en otra época no se prestaba atención. (¿Por qué es bello un paisaje? ¿Por qué se le considera bello?)

No sólo hay que ir a ver tal o cual paisaje: la fotografía y el cine reproducirán también incansablemente determinados tipos de imágenes-paisajes que, examinados con más detalle, son otros tantos mensajes, otros tantos discursos mudos, difícilmente descodificables, otros tantos razonamientos que no por haber sido subrepticamente inducidos por el juego de las connotaciones son menos imperativos. La impregnación de la cultura social por las imágenes-mensajes geográficas difundidas e impuestas por los medios de información es, desde el punto de vista histórico, un fenómeno nuevo que nos sitúa en una posición de pasividad, de contemplación estética y que ahuyenta todavía más la idea de que algunos puedan analizar el espacio según determinados métodos a fin de estar capacitados para desplegar unas nuevas estrategias que permitan engañar al enemigo y vencerle.

De este modo, la geografía-espectáculo y la geografía escolar, que actúan con unos métodos tan diferentes que puede resultar paradójico acercarlas y concertar los efectos ideológicos de los westerns y de los manuales de geografía, llegan, sin embargo, a idénticos resultados:

1. Disimular la idea de que el saber geográfico puede ser un poder de que determinadas representaciones del espacio pueden ser unos medios de acción y unos instrumentos políticos.

2. Imponer la idea de que lo que está relacionado con la geografía no procede de un razonamiento, en especial de un razonamiento estratégico llevado en función de una opción política. El paisaje es algo para contemplar y admirar; la lección de

geografía algo para aprender, pero sin nada que entender. ¿Para qué sirve un mapa? Es una imagen para una agencia de turismo o el trazado del itinerario de las próximas vacaciones.

UN SABER ESTRATEGICO ABANDONADO EN MANOS DE UNOS POCOS

El resultado de la superchería operada por las imágenes de la geografía-espectáculo y las lecciones de los profesores es que una minoría, la que ya posee los restantes poderes militares, policíacos, políticos, administrativos y financieros, es la única que posee también el poder que procura la geografía cuando es entendida como saber estratégico.

Es cierto que en numerosos países, los países socialistas en especial, los mapas a gran escala sólo se hallan en las manos consideradas seguras; las de los inspectores de policía y los oficiales del ejército. Los estudiantes de geografía llegan a realizar los trabajos prácticos en unos mapas imaginarios. Este lujo de precauciones puede parecer actualmente algo ilusorio, si se trata de precauciones contra un enemigo exterior, cuando los satélites proporcionan millares de fotografías que permiten alzar los mapas más detallados (es cierto que los nombres de lugares no constan en las fotos).

Pero es un hecho muy sintomático que en muchos países del Tercer Mundo se haya prohibido la venta de mapas a gran escala a partir del momento en que las tensiones sociales han alcanzado un cierto nivel.

En la guerrilla, una de las fuerzas de los campesinos es la de «conocer» muy bien tácticamente el espacio en que com-

baten, pero, limitados a sí mismos, su capacidad se desmorona en el caso de unas operaciones a nivel estratégico, pues éstas deben ser llevadas a otra escala, en espacios mucho más vastos que sólo pueden representarse de manera cartográfica. En el desarrollo de la guerrilla se salva una etapa muy importante cuando aparece un estado mayor capaz de leer los mapas, obtenidos casi siempre a cambio de grandes sacrificios.

La necesidad de saber leer un mapa se plantea también en las manifestaciones urbanas, la guerrilla urbana, la guerra callejera; en algunos países (socialistas o no), el público no puede adquirir un plano de la ciudad, sino únicamente el esquema de los lugares frecuentados por los turistas; esta medida permite que la policía establezca una división en zonas tanto más eficaz cuanto más dificultosa resulte la representación espacial.

Después de varias experiencias desastrosas, el aprendizaje de la lectura del mapa aparece como una tarea prioritaria para los militantes de un elevado número de países. Sin embargo, en la mayoría de los países de régimen llamado «liberal», la difusión de los mapas, a toda escala, es totalmente libre, así como la de los planos de la ciudad. En efecto, las autoridades han descubierto que podían ponerlos en circulación sin el menor inconveniente, pues los mapas, para quienes no han aprendido a leerlos y a utilizarlos, no tienen mayor sentido que una página escrita para los que no saben leer. No es que el aprendizaje de la lectura de un mapa sea una tarea difícil, pero todavía no se percibe su interés en las prácticas políticas y militares: la libre circulación de mapas en los países de régimen liberal es el corolario de la escasez del número de personas que pueden pretender utilizar contra los poderes establecidos otros tipos de acción que los estipulados en un sistema democrático.

Sin embargo, la importancia del análisis geográfico no se sitúa únicamente en el terreno de la estrategia y de la táctica militares, aunque en determinadas circunstancias sea esencial.

La falta casi total de interés en medios muy extendidos haría una reflexión de tipo geográfico permite a los estados mayores de las grandes firmas capitalistas desplegar unas estrategias

espaciales cuya eficacia reside, en buena parte, no tanto en el secreto que las rodea como en la despreocupación de los militantes y de los sindicalistas respecto a los fenómenos de localización; como veremos, el análisis de los marxistas, que es fundamentalmente de tipo histórico, descuida casi totalmente la distribución en el espacio de unos fenómenos que explica a nivel teórico. Convendría citar y analizar más a menudo uno de los más famosos ejemplos de estrategia espacial del capitalismo en la región de Lyon respecto al trabajo de la seda, evocado, sin embargo, en todos los manuales de geografía.

En efecto, durante la primera mitad del siglo XIX, los capitalistas de Lyon pusieron en práctica una auténtica estrategia geográfica para romper la fuerza política de los menadores: el trabajo de la seda, hasta entonces concentrado en Lyon, fue dividido en un gran número de operaciones técnicas; éstas fueron diseminadas en un amplio radio en el campo: sólo el «mercader-fabricante» sabía dónde se hallaban los numerosos talleres que trabajaban para él y el personal de cada uno de ellos ignoraba dónde estaban los demás. Gracias a ello, los trabajadores dispersados tenían enormes dificultades para emprender una acción de conjunto. Un buen ejemplo de estrategia geográfica del capitalismo que cada militante debiera meditar; lejos de pertenecer al pasado, esta estrategia es practicada sistemáticamente, desde hace unas décadas, con el desarrollo de los fenómenos del subcontrato y con las políticas de descentralización industrial y de ordenación del territorio. En realidad, una parte considerable del personal que trabaja para tal o cual gran firma industrial no se encuentra en los establecimientos que dependen jurídicamente de dicha firma; se halla disperso en una serie de empresas dependientes: ¿dónde están?, ¿en qué pequeñas ciudades?, ¿en qué campos?, ¿dónde reclutan sus obreros? No sería imposible recoger algunas informaciones, pero como no se presta atención a estos problemas, generalmente se ignoran, para mayor ventaja de los estados mayores de las grandes firmas.

En los sectores «de izquierda» se denuncia regularmente el fracaso de la política de ordenación del territorio, sin intentar

ver que esos «fracasos» (respecto de los objetivos oficialmente proclamados) permiten en la práctica pingües negocios a unas empresas que, en una auténtica estrategia de movimiento, desplazan rápidamente sus inversiones para beneficiarse de las numerosas ventajas concedidas a la instalación de una nueva fábrica revendida o liquidada poco después.

Esta estrategia extremadamente móvil es practicada en unos espacios mucho más vastos por los dirigentes de las multinacionales: invierten y dejan de invertir, en las diferentes regiones de numerosos Estados, para extraer el mayor beneficio de todas las diferencias (salariales, fiscales, monetarias) que existen en los diversos lugares. Es cierto que el sistema de las multinacionales está muy bien analizado, pero sólo al nivel de la teoría: un análisis geográfico preciso de los múltiples puntos controlados por esos pulpos no es imposible y permitiría emprender contra ellos unas acciones coordinadas, denunciar con mucha mayor eficacia sus actuaciones concretas (al mismo tiempo que se perfeccionaría la teoría): el saber geográfico no debe quedar en manos de los dirigentes de los grandes bancos, puede volverse contra ellos siempre que se preste atención a las formas de localización de los fenómenos y se deje de evocarlos en abstracto.

A otra escala, la de los problemas existentes en una ciudad, es sorprendente comprobar hasta qué punto sus habitantes (incluso los mejor formados políticamente) son incapaces de prever las molestas consecuencias que provocará tal plan de urbanismo o cual empresa de renovación, que, sin embargo, les concierne directamente. Los municipios y los promotores son tan conscientes actualmente de esta incapacidad que no titubean en practicar la «concertación» y en presentar los planes de futuros trabajos, pues las objeciones son escasas y de fácil solución. En efecto, las representaciones espaciales sólo tienen auténtico sentido para quienes saben leerlas, y éstos son escasos; de esta manera, la gente no se da cuenta de cómo se le ha engañado hasta el final de las obras, cuando los cambios se han convertido, en buena parte, en irreversibles.

Estos pocos ejemplos, someramente evocados, bastan sin duda

para dar una idea de la gravedad de las consecuencias resultantes de esta miopía, de esta ceguera que a veces muestran tantos militantes respecto del aspecto geográfico de los problemas políticos. Por una parte, estos responsables políticos, estos sindicalistas, juegan un papel importante entre las masas explicando los orígenes históricos de una situación, analizando las contradicciones de una formación social, pero, por otra, descuidan un saber estratégico cuyo monopolio abandonan a una minoría de dirigentes que sabe servirse de él para maniobrar con eficacia.